

Las víctimas de los desastres tienen derecho a saber qué les sucede. Con posterioridad al accidente de Chernóbil, la Federación y las Sociedades Nacionales de la ex Unión Soviética elaboraron un vasto programa destinado a informar a la población para que la gente sepa si está contaminada, si sufre de alguna enfermedad provocada por las radiaciones y si el agua y los alimentos son inocuos. Ucrania, 1991. Foto de Gueorgui Pinkhassov

información para aliviar la situación de los afectados? La libertad de expresión es un derecho que sólo puede ser efectivo en un sistema democrático. Uno de los principios de la democracia, cualquiera sea su definición, establece el derecho del pueblo a participar en la toma de decisiones; por lo tanto, si se pretende que el pueblo ejerza responsablemente este derecho, es indispensable que tenga acceso a la información.

El derecho a la información es a la vez un requisito y un pilar de la democracia. Sólo cuando las informaciones sobre situaciones potencialmente peligrosas se tratan públicamente y cada uno tiene la oportunidad de formarse su propia opinión al respecto, el pueblo puede ejercer presión para que las autoridades actúen en defensa de los intereses de la colectividad.

El estudio de todos los desastres más graves registrados en los últimos diez años permitió constatar fehacientemente, que en todos ellos, los riesgos se conocían de antemano y en algunos casos también se conocían las medidas preventivas. Sin embargo, faltó voluntad política para aplicar las medidas que se imponían y evitar situaciones de desastre de gran escala, asignando los recursos necesarios a la prevención, en vez de, por ejemplo, gastarlos acumulando armamentos sofisticados.

Si bien se suele creer que las grandes catástrofes afectan sobre todo a los países del hemisferio sur, la verdad es que día tras día se multiplican los peligros que acechan a los países del norte a medida que aumenta el número de centrales nucleares y el potencial de accidentes (véase Enfoque 2). Negar información no es práctica exclusiva de algunos gobiernos antidemocráticos del sur. Es un error suponer que en las democracias bien arraigadas de los países del norte la información se obtiene fácilmente; de hecho, no es así, y son numerosas las organizaciones dedicadas plenamente a la labor de recabar de los gobiernos, las informaciones relativas a los riesgos que afectan la salud, los medios de subsistencia y la longevidad de la población.

Se podrían evitar o atenuar muchas calamidades si hubiera un compromiso más firme con las tareas de alerta temprana y de difusión oportuna de la información para que la población pudiera reclamar a tiempo la protección de los organismos estatales. Aprender a utilizar la información para ejercer la vigilancia e impulsar la movilización de los ciudadanos forma parte de la democracia. Una vez reconocido el derecho de recabar información, no sólo de los gobiernos, las autoridades locales, las empresas o los grupos de interés, sino también de las organizaciones internacionales y los organismos de asistencia humanitaria, los pueblos pueden establecer sus propios proyectos, decidir con fundamento y actuar para mitigar su vulnerabilidad.

En abril de 1982, Homero Aridjis, escritor y ecologista, escribía: "Si continuamos funcionando como siempre seremos incapaces de asegurar los derechos humanos y ambientales de las generaciones futuras... Sin el derecho a la información y a una participación equitativa en los procedimientos jurídicos será imposible garantizar el derecho a disfrutar de un medio ambiente inocuo, por mucho que los dirigentes promulguen decretos o proclamaciones."

Enfoque 2 - Constataciones en Chernóbil y Three Mile Island

Para hacer frente a cualquier emergencia es indispensable que tanto los afectados como los socorristas cuenten con la información pertinente. Ahora bien, las necesidades de informarse y la índole de los datos requeridos varían enormemente en cada caso. Los desastres industriales y tecnológicos, incluidos los accidentes nucleares, plantean complejas dificultades en materia de información, en particular la necesidad de señalar a las poblaciones afectadas, apenas se haya producido un siniestro, cuál es la situación sanitaria y los riesgos que pudieran correr en el futuro.

En el ámbito de las actividades de apoyo a las Sociedades Nacionales que administran el Programa de asistencia humanitaria y de rehabilitación de las víctimas de Chernóbil, uno de cuyos componentes esenciales es la libre circulación de datos fidedignos, la Federación ha procurado que se entreguen informaciones a los grupos más afectados, poniendo a su disposición datos estadísticos y análisis fundamentados que contribuyan a infundir confianza.

Las víctimas de catástrofes tecnológicas, y sobre todo de accidentes nucleares, disponen de muchísimo menos información o conocimientos sobre la situación que les ha tocado vivir que los afectados por los llamados "desastres naturales". El carácter reiterativo de los desastres provocados por un fenómeno natural como las crecidas, por ejemplo, contribuye a que las poblaciones afectadas comprendan las características de dichos fenómenos, sus circunstancias, magnitud y efectos, y tomen medidas para hacerles frente; por su parte, gobiernos y organismos de socorro adquieren la competencia y la práctica necesarias para intervenir eficazmente.

Los desastres de gestación lenta, como la sequía, dejan tiempo a la población para desplazarse o adaptarse a la situación de crisis, por otra parte, también los desastres repentinos, como los causados por erupciones volcánicas y terremotos, fenómenos que suelen ser de corta duración, dejan margen a la ejecución casi inmediata de las operaciones de socorro y rehabilitación, incluidas la difusión de informaciones que den cuenta de lo ocurrido y de las consecuencias del siniestro en cuestión. En uno u otro caso, las repercusiones de la mayor parte de los

desastres provocados por fenómenos naturales pueden ser vistas y comprendidas por los afectados, que si bien pueden haber perdido vivienda, seres queridos, tierras o medios de subsistencia, disponen de elementos de juicio para actuar con conocimiento de causa.

Los desastres desatados por otras causas - desde los conflictos armados hasta los colapsos económicos - son de índole muy diversa; con frecuencia imprevisibles, de acción muy extendida y duradera, este género de desastres provocan la confusión entre los afectados y plantean complejas dificultades a los gobiernos y los organismos de asistencia humanitaria. Así ocurre con las emergencias tecnológicas, crecientes en número y en complejidad: cada vez resulta más evidente que el libre intercambio de informaciones de buen nivel cumple una función esencial en las fases de prevención, socorros y rehabilitación de estos desastres, ya se trate de emanaciones de productos químicos, como en el caso de Bhopal, India, o de accidentes nucleares como los de Three Mile Island, en los Estados Unidos, o Chernóbil, en la ex Unión Soviética.

En todos los países que desarrollan programas de explotación industrial o militar de la energía atómica, dichas actividades y los consiguientes accidentes se cubren de un manto de secreto. En el caso de Chernóbil, guardar los secretos de la industria nuclear soviética fue uno de los elementos esenciales del desastre y de sus efectos a largo plazo. Las consignas de secreto llevaron a que se aplicaran métodos de gestión inadecuados y normas de seguridad insuficientes, lo que enlenteció la transmisión de instrucciones y de datos en la estructura de mando, condiciones que impidieron la adopción de medidas oportunas y eficaces, tanto por parte de los responsables de las instalaciones como de los pobladores de las regiones afectadas por el accidente.

En uno de sus escritos, Sergei Kapitza, profesor de física en el Instituto de Problemas de Física de la Academia Rusa de Ciencias, afirma que "la obsesión por el secreto en la industria nuclear ha creado una peligrosa situación de aislamiento." Agrega que la "necesidad omnipresente y mal orientada de conservar los secretos" impidió que se transmitieran al ministro encargado de la energía eléctrica todos los datos e

informaciones que hubieran sido necesarios para garantizar el correcto funcionamiento de Chernóbil y otras centrales nucleares. Dichas autoridades no estaban "preparadas para manejar los múltiples aspectos del complejo funcionamiento de una central atómica generadora de energía eléctrica."

El secreto y la compartimentación de las actividades impidieron que se conocieran las lecciones sacadas de otros accidentes nucleares ocurridos en la Unión Soviética, como la explosión que se produjo en 1957 en una planta de tratamiento de plutonio cerca de Kyshtym, al este de los Urales. "El gobierno soviético permitió que sólo un puñado de especialistas fueran puestos al corriente de ese siniestro. Si la explosión de Kyshtym y sus consecuencias hubieran sido objeto de amplios estudios, se hubiera logrado un nivel de comprensión que tal vez no hubiera permitido prevenir el accidente de Chernóbil pero sí, mitigar sus efectos."

El acceso a la información es el elemento capital del programa a largo plazo establecido por la Federación y las Sociedades Nacionales para hacer frente a las secuelas del desastre de Chernóbil, ocurrido el 26 de abril de 1986. Desde los primeros momentos, la Alianza de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja de la Unión Soviética participó activamente en las operaciones de socorro; la Federación, por medio de sus actividades de apoyo técnico realizadas por la delegación permanente con sede en Kiev, desempeña un papel destacado desde 1990, prestando asistencia a las Sociedades Nacionales de las repúblicas más afectadas de Ucrania, Belarús y la Federación Rusa, y colaborando estrechamente con los respectivos ministerios de salud, las autoridades locales y la Organización Mundial de la Salud.

Las demoras que hubo en la divulgación de informaciones en las comunidades de la región circundante a Chernóbil y en las regiones que se encontraban en la trayectoria de las concentraciones de partículas radiactivas, impidieron que se tomaran rápidamente las consiguientes medidas de protección; incluso en los meses posteriores se siguió restringiendo al mínimo la difusión de datos sobre la evolución de la situación y sus efectos para la vida de las poblaciones afectadas. La incertidumbre que se

instauró desde el comienzo de la crisis y la propagación de rumores, sobre todo al fallecer o enfermar los trabajadores que habían participado directamente en las operaciones destinadas a controlar el desastre, contribuyeron a crear un clima de miedo, confusión y estrés entre los millares de personas que se vieron expuestas a un peligro que desconocían y cuyos efectos eran virtualmente invisibles.

Si bien es cierto que toda catástrofe puede generar esa clase de sentimientos, un estudio realizado por la Cruz Roja Americana sobre la emergencia de Three Mile Island permitió precisar el género de perturbaciones psicosociales que los accidentes nucleares tienden a provocar y los métodos de asistencia más idóneos que han de aplicar los socorristas, corroborando que muchos de ellos están relacionados con la gestión de la información.

Según los resultados del estudio, en los accidentes nucleares se conjugan tres factores que provocan un máximo de desórdenes psicológicos y sociales: a) carácter repentino, y por ende, un plazo de alerta escaso o nulo; b) gran incertidumbre, afectados y socorristas saben que corren peligro pero desconocen los efectos de las radiaciones y los riesgos que éstas entrañan, c) persistencia del peligro, lo que impide durante años que la población pueda retornar a las zonas contaminadas.

Muchos de los afectados por la emergencia de Three Mile Island, como por ejemplo, aquellos que debieron abandonar sus hogares, presentaron cuadros de estrés y angustia, y sobre todo de miedo ante lo desconocido, ya que las contradicciones entre las informaciones oficiales y diversos artículos de prensa sembraban incertidumbre respecto al grado de exposición a las radiaciones que ellos y sus familias habían sufrido, y las consecuencias de dichas radiaciones para la salud. La presencia de los reporteros, a la caza de entrevistas, contribuyó a exacerbar esa angustia.

La Cruz Roja Americana aconseja que el personal sanitario que interviene en los accidentes nucleares adquiere nociones de la terminología relativa a las radiaciones y los niveles

de exposición para poder interpretar los informes y explicarlos a los afectados; suministre informes diarios sobre la evolución de la situación, incluso si no se registran cambios, dé informaciones exactas a los afectados en lo que se refiere al control de los niveles de contaminación, y, por último, que analice conjuntamente con los afectados los conceptos y la comprensión que estos últimos tienen del problema.

En las repúblicas siniestradas por el accidente de Chernóbil, mediante el programa respaldado por la Federación se recaba una variedad de informaciones destinadas a ayudar a la población de esas regiones a comprender lo sucedido, aprender a conocer su propia condición radiológica, descubrir los efectos de las radiaciones en los alimentos, evaluar los riesgos para la salud, disipar en la medida de lo posible algunos temores, tomar medidas para proteger a sus familias y decidir de qué manera, en función de sus escasos recursos, las respectivas comunidades podrán reducir su vulnerabilidad.

Además de aportar mejoras a la formación del personal, las comunicaciones y la educación sanitaria, los equipos utilizados van desde la dotación de hospitales, centros de salud y dispensarios móviles, donde se pueden practicar controles médicos a todos los pacientes que sufren de enfermedades causadas probablemente por las radiaciones, hasta simples dosímetros que permiten verificar los niveles de radiación en los alimentos, el agua, los hogares y los cultivos.

Más de 150.000 personas beneficiaron de una asistencia directa, ya sea recibiendo información preventiva o diagnósticos personales; a su vez, se suministraron a las autoridades sanitarias de seis provincias datos fidedignos sobre los niveles de contaminación del medio ambiente, las muestras de alimentos y la situación de los habitantes de sus respectivas jurisdicciones. Estas actividades de control permanente también contribuyen a que se comprendan cada vez mejor los efectos a largo plazo del desastre y permiten cotejar la información y la experiencia adqui-

rida, lo que será un aporte invaluable en caso de futuras emergencias nucleares.

Siete años después de la catástrofe, subsiste la necesidad de disponer de informaciones simples y claras. Los habitantes de las regiones afectadas acusan un número creciente de síntomas que pueden corresponder a desórdenes psicosomáticos, pero que a menudo no guardan relación alguna con el nivel de contaminación del lugar donde se encuentra su vivienda actual ni con una probable exposición a radiaciones. Uno de los objetivos del programa de la Federación es responder a cuestiones básicas pero trascendentales como, por ejemplo: ¿Corresponden mis síntomas a una afección grave provocada por el accidente? ¿Estos alimentos son inocuos?

En el curso de 1994, el programa está llamado a resolver nuevos problemas. Aún hay cerca de cuatro millones de personas expuestas a algún nivel de riesgo a raíz del accidente de Chernóbil, la crisis política y económica que vive la ex Unión Soviética bien pudiera entorpecer la labor de las autoridades nacionales y locales, y aumentar el estrés y la vulnerabilidad de familias y comunidades.

El período de "incubación" de muchas afecciones causadas por las radiaciones al parecer está por terminar, lo que constituye un momento crucial en la evolución de la crisis. Se cuenta ya con informes alarmantes sobre el aumento del número de diversas enfermedades, como el cáncer de la tiroides entre los niños; dichos informes se analizan y evalúan para tomar las medidas del caso, ya sea intervenciones quirúrgicas, tratamientos médicos o difusión de informaciones pertinentes. Si llegaran a confirmarse las supuestas tendencias, tal vez se solicite extender el programa a otras repúblicas e identificar aquellos grupos que necesitan una atención prioritaria.

La información sobre un desastre cuyos efectos perdurarán por decenios seguirá siendo un factor esencial para lograr una intervención efectiva, tanto de las comunidades como de los gobiernos y de los organismos de asistencia humanitaria.

Participación de los afectados

Quizá en otros tiempos fuera posible disociar la inminencia de un desastre de las condiciones en que vivían las personas más vulnerables: salud precaria, pobreza, falta de agua potable y viviendas rudimentarias. Durante los años 1960 y 1970, se creyó que el mejoramiento sostenido de las condiciones sociales y económicas permitiría reducir los factores de vulnerabilidad

Ahora bien, en los últimos 15 años, la línea divisoria entre las condiciones críticas de la lucha cotidiana por la supervivencia y las catástrofes ocasionales se ha vuelto cada vez más imprecisa para centenas de millones de personas. La mayoría habitan en los países del hemisferio sur cuyos esfuerzos por alcanzar un desarrollo económico y social mínimo han sido infructuosos. A su vez, en los países del hemisferio norte se ha registrado un aumento considerable del número de afectados por la guerra, las catástrofes de origen natural y los desastres ecológicos. En este capítulo centramos nuestra atención en los países menos desarrollados del sur, analizando las medidas que las propias poblaciones afectadas han ido elaborando para hacer frente a las situaciones de desastre. En la medida que la incidencia de estas calamidades es mayor en el hemisferio sur, el desequilibrio de las relaciones Norte-Sur es un factor que amplía las consecuencias de los desastres, tal como se asevera en las críticas formuladas por diversos sectores de los países en desarrollo, que han señalado oportunamente los problemas planteados por la intervención humanitaria y propuesto diversas soluciones viables.

Los habitantes de los países más vulnerables han vivido durante generaciones bajo la amenaza y la realidad de los desastres desencadenados por fenómenos naturales, y han ideado mecanismos para prevenir y atenuar las consecuencias de los mismos. Nadie conoce mejor que ellos el entorno y, por ende, son los más aptos para advertir las variaciones que indican la inminencia de fenómenos potencialmente desastrosos. Además, disponen de estructuras sociales y políticas en cuyo seno se organizan las operaciones para hacer frente a la evolución de las crisis. Tanto las familias como las comunidades han adoptado diversos procedimientos ingeniosos y eficaces para hacer frente a las dificultades.

Desastres vinculados al desarrollo económico

Muchos indicadores demuestran la extensión de las crisis, a raíz de la pobreza y la vulnerabilidad: más de 1.000 millones de personas sufren de hambre crónica en los países menos desarrollados, y otros 400 millones se ven expuestas a periodos de desnutrición en algún momento de sus vidas. En realidad, la situación empeora día a día: desde comienzos del decenio de 1970 el número de afectados por el hambre acusa un aumento del 30%. En el informe del UNICEF titulado *Ajuste con Rostro Humano* (1987) se señalaba que la desnutrición de los niños y las mujeres, que en un momento se pensó estaba remitiendo, se había agravado en el curso de los años 1980.

El hambre y las enfermedades guardan estrecha relación con las condiciones económicas de las

poblaciones de escasos ingresos. La pobreza material afecta a más de 1.000 millones de personas en el mundo entero, y en los últimos 20 años las diferencias entre ricos y pobres no han cesado de agravarse; en "Desarrollo Humano: informe 1991" del PNUD, se señalaba que según diversas estimaciones, el 20% de la población mundial controla alrededor del 85% de las riquezas disponibles.

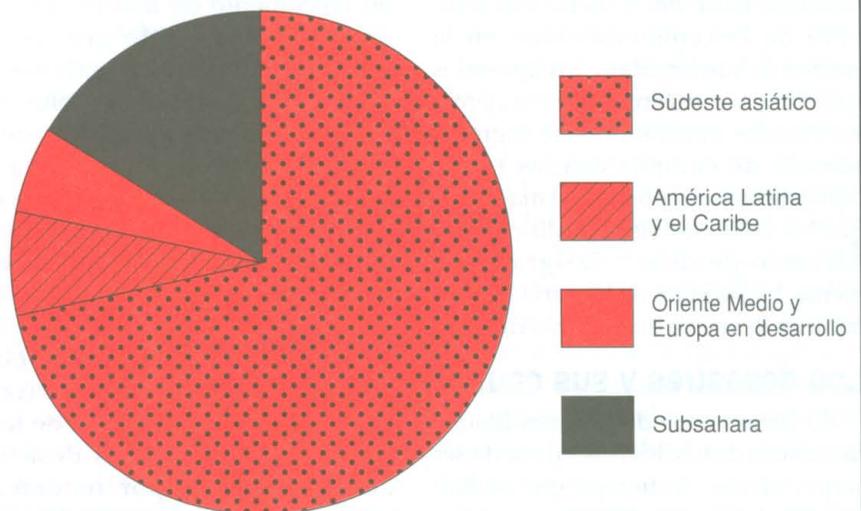
Contrariamente a lo sugerido por las teorías de desarrollo económico más ortodoxas, la riqueza no fluye de los países industrializados del hemisferio norte hacia los países pobres del sur; en realidad, estos últimos son los socios desfavorecidos de un intercambio desigual de recursos, bienes y capitales. Los precios de los productos agrícolas y minerales exportados hacia los países más desarrollados han perdido el 30% de su valor real en el curso de los 15

últimos años frente al precio de los productos manufacturados importados por los países en desarrollo. Algunos especialistas observan que no son los países ricos los que mantienen a los países pobres, sino todo lo contrario. La ayuda para el desarrollo, la asistencia alimentaria y los socorros de urgencia no compensan en absoluto la pobreza y carencias estructurales que pesan sobre los países menos desarrollados.

Durante el pasado decenio terminó por derrumbarse la fachada de armonía y complementariedad económica que se suponía caracterizaba las relaciones Norte-Sur, revelando las condiciones que exacerbaban la vulnerabilidad de los países más pobres. Según investigadores del Instituto Nacional de Salud Pública de México, "la consecuencia más evidente de la crisis económica que vive la población mexicana ha sido la

Pobreza en el mundo en desarrollo

Región	Millones de personas que viven en una pobreza extrema	Porcentaje de población pobre
Sudeste asiático	805	31
América Latina y el Caribe	75	19
Oriente Medio y Europa en desarrollo	60	31
Subsahara	180	47



A pesar de algunos progresos importantes en materia de salud, bienestar e ingresos, una quinta parte de la población mundial vive en condiciones de pobreza extrema. 2.100 millones de seres humanos no pueden procurarse un mínimo de alimentos ni ningún otro artículo de primera necesidad.

Fuente: Banco Mundial
(Cifras de 1990)

denominada polarización epidemiológica, es decir, la intensificación de las disparidades en lo que se refiere al estado de salud de la población. Debido a esta polarización, los servicios de asistencia sanitaria, ya insuficientemente financiados, deben atender a un número creciente de niños de todas las edades, aquejados de desnutrición y de diversas enfermedades infecciosas."

Enfermedades que, como la tuberculosis y otras afecciones, se consideraban en vías de erradicación han vuelto a surgir a medida que se exacerbaban las condiciones de pobreza. A su vez, el costo económico del deterioro del estado de salud de la población contribuye a agravar la pobreza. Especialistas de la OMS han estimado que, además del elevado número de muertos, la epidemia de cólera que asoló el Perú en 1991 provocó pérdidas por valor de 1.000 millones de dólares, a raíz de la disminución de la producción, las exportaciones y el turismo. En medio del forcejeo que opone a los gobiernos - empeñados en conservar el control de los recursos y la planificación económica nacionales - y las instituciones financieras internacionales - que ejercen grandes presiones contra el intervencionismo estatal - los recursos destinados a los servicios sociales son cada vez más escuálidos y las inversiones, prácticamente nulas.

Generalización de políticas de desinversión en los servicios sociales; pérdida del valor real de las remuneraciones, tanto en el sector estructurado de la economía como en la economía sumergida; y los apremios que obligan a mujeres y niños a ejercer actividades generadoras de ingresos además de cumplir con las tareas domésticas, han cobrado tal magnitud que los años 1980 se han calificado de "decenio perdido". Desgraciadamente, la situación no ha variado para nada en lo que va del decenio de 1990.

Los desastres y sus causas

El incremento de la intensidad y frecuencia de los desastres dista de ser sorprendente. Al tiempo que se han agudizado las diferencias entre países y regiones a escala mundial, las disparidades entre los grupos socia-

les de un mismo país han aumentado considerablemente. Entre 1978 y 1985, el porcentaje del ingreso nacional controlado por el sector más rico, que representa el 20% de la población chilena, pasó del 51 al 61%. En el mismo período, la parte de ingreso percibido por el 40% de la población con menos recursos pasó del 15 al 10%.

También han aumentado las diferencias de acceso a los servicios sociales; los recortes de la participación estatal en la financiación de los servicios de salud, educación y demás repercutieron de manera diversa en los diferentes sectores de la sociedad. El Banco Mundial observa que en Bangladesh, por ejemplo, los grupos de menores ingresos vieron aun más limitadas sus posibilidades de acceso a los programas de asistencia sanitaria y de planificación familiar; en Ghana, el mayor deterioro de los servicios de salud se registró en las zonas rurales, y por ende, más pobres, donde la población ya no pudo acceder a la atención mínima necesaria. En muchos países se suspendieron los programas de atención primaria de salud, al reducirse las cuotas asignadas a sus magros presupuestos.

Las disparidades de esta índole resultan de políticas que según sus autores, se aplicaron con el fin de estimular el crecimiento económico. Esta tendencia coincide con lo que se ha calificado de "desinterés manifiesto por los diferentes aspectos humanos de los costos del desarrollo." En los casos en que se ha registrado un crecimiento de la economía, los beneficios han sido acaparados principalmente por quienes ya controlaban los recursos económicos y los mecanismos políticos, de tal manera que en la práctica ha aumentado la riqueza comparativa de los países más ricos y, dentro de cada país, se ha acentuado la repartición desigual de la riqueza entre los distintos sectores de la sociedad.

En este contexto de empobrecimiento y vulnerabilidad, las comunidades más expuestas han de hacer frente a las crisis. Los desastres desencadenados por fenómenos naturales son tan sólo una de las tantas emergencias que afectan a la población. A través del mundo pueblos

enteros sufren cotidianamente las consecuencias de la pobreza endémica, el hambre, las enfermedades y la precariedad de la vivienda, a lo que suele añadirse el asedio y la represión de la autoridades. Cada uno de estos factores agrava las condiciones de miseria, de manera que los desastres solo se suman a una situación crítica de por sí. De ahí que en el futuro de las poblaciones afectadas tan solo se vislumbren opciones entre desastres de diversa índole.

La opinión de los interesados

Los extranjeros - ya sea los organismos de socorro o el público en general - recién se enteran de las condiciones de vulnerabilidad de las comunidades empobrecidas cuando ocurre una catástrofe pero los afectados ya tienen clara conciencia de su propia situación. Sus conocimientos, sumados a los medios técnicos y la infraestructura de los organismos de ayuda al desarrollo y de socorros de emergencia, son una herramienta eficaz, rentable y de aplicación inmediata en la esfera del quehacer humanitario.

Cabe preguntarse entonces si los organismos internacionales de asistencia prestan una debida atención a la opinión de las comunidades afectadas. Al enumerar algunas de las dificultades que se planteaban a la Organización de Asociaciones Rurales para el Progreso (ORAP), ONG comunitaria de Zimbabue que cuenta con un millón de afiliados, la directora señalaba que los donantes internacionales solían elogiar los proyectos a pequeña escala que caracterizan a dicha organización. Si bien la asistencia financiera recibida de los organismos extranjeros traduce el apoyo de éstos a las decisiones de la organización, ella consideraba que los donantes abrigaban falsas esperanzas al creer que con recursos mínimos los campesinos y otros sectores desfavorecidos serían capaces de resolver problemas de carácter estructural. A su juicio, los donantes extranjeros podrían aprender mucho de los miembros de la ORAP acerca de la lucha por la supervivencia y las

limitaciones de los métodos de asistencia de emergencia y de desarrollo a largo plazo, basados en la ayuda exterior. Las opiniones de los beneficiarios podrían servir para que las instituciones donantes comenzaran a modificar los enfoques predominantes en sus propios países respecto a todos estos problemas.

Las relaciones entre la ORAP y las organizaciones de asistencia internacional se asemejan a las relaciones que miles de otras organizaciones comunitarias mantienen con las ONG y engloban muchas de las contradicciones a que han de hacer frente los grupos de base empeñados en proyectos de desarrollo. Dichas contradicciones se agudizan y se manifiestan con mayor claridad en las situaciones de desastre; no se trata sólo de diferencias relativas a la riqueza material, las respectivas posiciones sociales dan lugar a diversos enfoques para evaluar las causas subyacentes a cada catástrofe y las medidas que podrían restablecer la seguridad y la estabilidad.

Las comunidades locales disponen de un acervo de capacidades, conocimientos y recursos que les permiten superar las crisis provocadas por las catástrofes y reducir su vulnerabilidad, algo que los organismos de socorro o de ayuda al desarrollo rara vez comprenden o tienen en cuenta. A este respecto, dos elementos podrían contribuir a sacar del plano puramente retórico, el debate en torno a la colaboración para atenuar los efectos de los desastres y aportar la asistencia humanitaria que hace falta. El primero es un análisis del contexto de los desastres, en el que se tomen en consideración experiencias comparables de lo que algunos han dado en llamar la "inducción de catástrofes" y que todos conocemos con el nombre de "desarrollo". El segundo es la demostración de la viabilidad de los métodos ideados por las propias comunidades afectadas, no solo para mitigar las consecuencias de los desastres y brindar asistencia sino también para reducir las causas que los provocan.

En numerosas ONG se han entablado debates acerca de diversas cuestiones relativas al desarrollo, la

participación comunitaria en la toma de decisiones y la viabilidad de las políticas propuestas. Existe un tesoro de conocimientos acumulados al que los organismos internacionales pueden recurrir para mejorar notablemente sus políticas y actividades de asistencia.

Superar la crisis

Los mecanismos para subsanar las consecuencias de los desastres y las estrategias de supervivencia de los grupos de población de bajos ingresos demuestran el saber y la experiencia que han adquirido en la materia. Entre las medidas que suelen aplicarse figuran: incorporación de nuevos alimentos a la dieta diaria y adecuación de la frecuencia de las comidas; venta de ganado y otros animales; solidaridad entre las familias; venta de herramientas y emigración de los hombres en busca de trabajo; y desplazamiento de las familias hacia zonas donde pueden obtener ayuda de emergencia. El objetivo perseguido es asegurar la supervivencia del grupo familiar y la integridad de la estructura comunitaria.

Gracias al estudio de las estrategias compensatorias, los organismos de ayuda exterior han podido determinar algunos de los indicadores internos de la vulnerabilidad de las comunidades, como por ejemplo, el volumen de venta del ganado. La observación de dichos indicadores permite evaluar los apremios que aquejan a familias y comunidades, prever las situaciones de crisis e intervenir oportunamente. Sin embargo, los donantes tienden a prestar una atención excesiva a los indicadores y a descuidar otros apremios económicos y sociales menos evidentes que llevan a la población a aplicar estrategias de supervivencia. De más está decir que las estrategias compensatorias son mecanismos de autoprotección a los que se recurre en caso de emergencia.

Ahora bien, dadas la creciente intensidad y duración de las crisis del desarrollo económico, es erróneo pensar que mediante dichos mecanismos paliativos los grupos vulnerables puedan resistir por largos períodos. A la luz de la evolución de las causas estructurales de los desastres que se

viven en la actualidad, hay que reexaminar los enfoques que atribuyen a los mecanismos paliativos una función en la mitigación de los efectos de las catástrofes, sobre todo cuando se observa que el caudal de conocimientos colectivos acumulados durante decenios e incluso siglos se va perdiendo a medida que se agrava la miseria y la vulnerabilidad.

El interés que han suscitado los mecanismos paliativos es sólo una muestra de la mayor atención que se está prestando a los conocimientos adquiridos por las comunidades más pobres y expuestas a las catástrofes. La capacidad de sobrevivir en las circunstancias más adversas demuestra la diversidad y flexibilidad de las medidas y las relaciones sociales desarrolladas por las comunidades. En medio de una catástrofe, en lugar de disgregarse tratan de restaurar el orden social y cultural, arriesgando incluso la propia seguridad.

En el Sudán occidental, por ejemplo, el hambre, la pauperización y la muerte forman un continuo social. En un libro titulado "Famine That Kills", Alex De Waal explica: "El hambre es simplemente algo que hay que soportar. Calmar las punzadas del hambre no es la preocupación fundamental de las familias que se debaten contra la hambruna. Incluso en los peores momentos, las familias invierten sólo una parte de sus ingresos potenciales en la adquisición de alimentos. La preocupación prioritaria es más bien preservar el estilo de vida y evitar la indigencia." Para la población de la región montañosa de Darfur, perder dicho estilo de vida es peor que perder la vida misma, filosofía que los organismos internacionales tal vez consideren incomprensible pero que tienen que aceptar si pretenden frenar la tendencia ascensional de los desastres.

Los grupos más afectados por el deterioro ambiental y las catástrofes asociadas al mismo han protestado públicamente contra la explotación abusiva de los recursos naturales con fines de lucro. Para remediar a ese género de situaciones han propuesto diversas opciones de explotación racional que contemplan tanto su participación como sus propios

intereses, en lugar de atender únicamente las necesidades suntuarias de los ricos de otras latitudes. En la India, por ejemplo, el movimiento Chipko ha organizado manifestaciones contra la tala indiscriminada de bosques literalmente abrazándose a los árboles que los trabajadores de las compañías madereras se aprestan a derribar. Las mujeres desempeñan un papel protagónico en el movimiento Chipko, dando a conocer la incidencia económica de las selvas y otras zonas forestales en los medios de subsistencia. La repoblación forestal y la organización política de las comunidades locales son dos objetivos que este movimiento ha incluido en sus actividades con el fin de velar por que la silvicultura atienda en primer lugar a los intereses de la población de las regiones forestales.

La toma de conciencia de que su propio saber y capacidad de análisis pueden utilizarse de manera efectiva y legítima para resolver los problemas a que se ven confrontados suele ser la base de la movilización comunitaria. En México, la pérdida del valor real de los salarios, la baja de los precios de venta de los productos agrícolas básicos y los recortes en los servicios sociales han obligado a casi un tercio de las mujeres de las zonas rurales a buscar un empleo asalariado pero los salarios son tan bajos que no logran vencer la pobreza. En el curso de los dos últimos decenios, las organizaciones campesinas mexicanas, a menudo administradas y dirigidas por mujeres, han abordado directamente las cuestiones que afectan su propia existencia, tratando de volver a instaurar condiciones de subsistencia y de producción comunitarias adecuadas. La experiencia adquirida ha consolidado la confianza de las mujeres, llevándolas a participar en otras instancias de toma de decisiones con miras a lograr el reconocimiento de otros derechos.

En todo el mundo se constata la movilización social de los grupos vulnerables. En la India, las mujeres que viven en la calle han creado organizaciones para afrontar colectivamente el asedio de las autoridades y las restricciones que se les imponen por vía jurídica. En 1972, las trabaja-

doras independientes de Gujerat formaron un sindicato para promover el reconocimiento social de sus actividades y ejercer presión a fin de obtener mejores remuneraciones y condiciones de trabajo. Al crecer en número, la organización Red de Trabajadoras Independientes, ha ampliado su campo de acción ofreciendo créditos con tasas de interés reducidas y organizando cooperativas para vendedoras y artesanas.

Durante las crisis, esta riqueza de conocimientos, de capacidad de análisis crítico y de experiencia organizativa no se pierde y por lo general se vigoriza. Las primeras organizaciones que se movilizaron para prestar socorros tras el terremoto que sacudió la ciudad de México en septiembre de 1985 fueron los grupos comunitarios. La lentitud de la intervención estatal y el hecho de que los esfuerzos gubernamentales se centraran en la recuperación de las actividades económicas del sector estructurado llevaron a las costureras a organizarse en un sindicato para subvenir a sus necesidades - sustitución de las máquinas, útiles, suministros y talleres perdidos - y luchar por obtener mejores remuneraciones y condiciones de empleo.

La movilización de los trabajadores es moneda corriente en muchas sociedades, especialmente en períodos de crisis. En toda África existen grupos femeninos de trabajo, algunos de los cuales se han formado estos últimos bajo el auspicio de programas de apoyo internacionales. Tal es el caso del Movimiento Verde de Kenya, que utiliza los conocimientos agrícolas y ambientales de las mujeres para fomentar la población forestal, las actividades generadoras de ingresos y el desarrollo comunitario.

En Zimbabue, a partir de las agrupaciones femeninas oficiosas que existían en el momento de la independencia se ha desarrollado una destacada ONG, dinámica y de gran arraigo comunitario, que basándose en las necesidades, destrezas y recursos de las comunidades, promueve la seguridad alimentaria, la comercialización de productos, la educación y el desarrollo global de las zonas rurales.